



Carlos Elbert

PUEBLO CHICO

PROSA
EDITORES

“Pueblo chico” (fragmento)

Lo que sucedió aquella noche fue demasiado impactante como para entenderlo de un vistazo, o tomarlo a la ligera. Ernesto transitó muchos desvelos, hasta componer una interpretación más o menos razonable de su comportamiento y de los hechos, y llegar a hacer la paz consigo mismo; pero más adelante, y para su sorpresa, las complicaciones que se sucedieron probaron que el tema no había concluido. Tres meses después recordó en detalle la noche en que escuchó a Nora cruzar el patio y luego el sonido del wáter, haciendo correr el agua. Estaban solos en la casa. Las chicas habían viajado a Concordia. No lograba concentrarse en el libro empezado el día anterior, y tuvo la sensación de que ella había salido del baño, pero que, sin embargo, no había pasado por la galería de regreso a su dormitorio. Al menos no había sentido sus pasos. Tal vez le ocurrió algo —pensó—, dirigiéndose hacia la puerta, y al abrirla, lo recorrió un estremecimiento: ella estaba allí, envuelta en una bata, mirándolo fijamente.

—Señora, ¡Que susto!

La mujer cambió de actitud, y dio un paso hacia él.

—Perdón —dijo—, discúlpeme, no fue mi intención espiarlo o asustarlo... solo me había parado a pensar si podríamos hablar un momentito...

—Pensé que le podía haber ocurrido algo...

—En realidad, sí, aunque nada grave. ¿Lo puedo molestar un momento? —insistió, con ademán de avanzar.

—Sssi, sí, pase, adelante, por favor, esta es su casa, por supuesto.

Ella marchó decididamente hacia la mesa de trabajo de Ernesto, quien, mientras tanto, y tras un titubeo, cerró la puerta y se quedó parado allí, percibiendo el halo de perfume suspendido en el aire. Nora tomó con interés el libro, le miró las tapas, curioseó algunas páginas y mostrándoselo a Ernesto preguntó:

—¿Es interesante?

—Sí, sí, claro que sí.

—Pensé que estaría leyendo algo relacionado con su trabajo...

—No, los temas jurídicos ya me cansan, y busco algo distinto.

—¿Puedo sentarme un momento?

—Por favor —dijo Ernesto, señalándole la silla vacía, pero ella cruzó el cuarto y se sentó en la cama.

Él se aproximó, temeroso, y ocupó su silla.

—¿Está cómodo aquí, Ernesto?

Era la primera vez que lo llamaba por su nombre y las especulaciones conscientes se pusieron en movimiento, al mismo tiempo que las inconscientes. Esto era totalmente anormal: solos en el caserón, de noche, ella metiéndose en su cuarto de manera tan informal, con una bata y oliendo a perfume, y también prestó atención al cabello suelto sobre los hombros, a la postura, que pasó del humilde atrevimiento de ocupar su cama a colocar los brazos a los costados, apoyándolos en el cubrecama, movimiento que, como al descuido, dejó su bata ligeramente abierta, insinuando algo, pero sin exhibir demasiado.

—Ernesto, ya hace meses que está aquí y quería contarle algunas cosas de nosotros, de mí.

—Sí, la escucho con gusto —dijo él, carcomido por la intriga y las conjeturas que se le atropellaban en la mente.

Entonces ella se puso de pie, y caminó algunos pasos por el cuarto, cabizbaja, como buscando palabras apropiadas para empezar. El desconcierto de Ernesto crecía y temió recibir alguna crítica, o volverse confidente de algo escabroso, oculto, todavía ignorado. ¿Algún problema serio con las hijas, tal vez? Por cortesía, se puso también de pie, en actitud respetuosa. Ella se detuvo a unos metros de distancia, y lo miró tan fijamente que Ernesto detectó un brillo nunca antes visto, contrastando con unas mejillas sonrosadas en ese cutis de porcelana que siempre le impedía adivinarle la edad, seguramente alrededor de los cincuenta. O tal vez algo más, pero que no podía asegurarse, en absoluto.

—Ernesto, he observado que usted es una persona correctísima, respetuosa y nosotras lo admiramos mucho. Pero le pido de corazón que no comente con nadie lo que voy decirle, y mucho menos en este pueblo.

—Por favor señora... No sé de qué quiere hablarme, pero... no soy de aquí... no tengo compromisos con nadie... y por mi trabajo estoy obligado a la reserva...

—Gracias. Lo imaginaba. ¿Sabe que mis hijas y sus amigas se hacen fantasías con usted?

—¿Fantasías? ¿Conmigo?

—Es que en este pueblo hay muy pocos jóvenes con sus características: inteligente, apuesto, culto. Es natural que les llame la atención. Usted es la última novedad por aquí.

Ernesto tuvo sensación de sonrojarse. Ahora resulta que lo tenían por un Adonis, o una estrella de cine, y lejos de envanecerlo, su situación lo hizo sentir algo ridículo. Entonces pensó que tal vez lo que esa mujer buscaba aquí era hacerle gancho con una de las hijas, —había sido celestina, se dijo— debí imaginarlo.

—Sí, todas las chicas hablan de usted a cada rato, hacen planes para invitarlo a esto o a aquello...como le digo, usted es la gran novedad en Felicia, y despierta comentarios, que acá corren como el agua...

—Bueno, espero que los comentarios no sean negativos...

—Depende de cómo se miren. Tal vez usted ya sabe de algunos...

—No, no. Le juro que nadie me ha dicho nada que tenga que ver con esta casa.

Nora sonrió con un dejo de malicia, miró hacia el piso, como comprobando si las sandalias todavía estaban en su lugar, y volvió a mirarlo a los ojos, con más intensidad.

—¿Y sabe qué andan comentando ahora?

—No señora, ni la menor idea...

Nora contuvo una risita, sacudió la cabeza, revolvió las manos en los bolsillos de la bata y disparó su secreto:

—En el pueblo se comenta que usted es ahora el hombre de esta casa, en todo sentido...

—¿Cómo? Por favor, no le entiendo bien...

—¿Tengo que decírselo con toda franqueza?

—Sí, sí, por favor, no tenga miedo, por molesto que sea...

Nora se mordió el labio inferior antes de hablar, y cuando lo dejó escapar pareció más rojo y saltón que antes, quizá por la fuerza con que había reprimido sus verdades.

—Lo que dicen, Ernesto, es que usted es mi amante, y además amante de mis hijas, y que nos compartiría. Que esta casa es, prácticamente, su harén personal.

El destello de rencor en la mirada de Nora, y la gravedad de sus palabras dejaron a Ernesto impresionado, y con la boca abierta del pez que busca aire en tierra. Tras el golpe, sus sentimientos pasaron desde la culpabilidad —aunque fuese por algo que ignoraba—, hasta las imágenes que asaltaron su imaginación con escenas de las fantasías mórbidas del pueblo, esas que ya le había sugerido Pereyra.

—Señora....por favor...quiero que sepa que con toda esa estupidez yo no tengo nada que ver...

Ella sonrió.

—Claro que no. No es necesario que me lo diga. Sabemos que usted es un caballero, y lo apreciamos mucho. Como si realmente fuera de la familia.

Ernesto se deslizó lentamente en su silla, sin encontrar un comentario adecuado, imaginando ahora a todo el vecindario, al almacenero, al panadero, al farmacéutico, viéndolo pasar por las calles transformado en un sátiro, en el nuevo semental adquirido por la especie urbana de Felicia, envidiándole las noches de lujuria —tal vez colectivas—, con esas mujeres por las que más de uno se babeaba en el pueblo, y todas ellas etiquetadas ahora como sus hembras privadas. Seguramente que cualquier otro en Felicia estaría orgulloso de que le atribuyeran semejante éxito. Pero él tuvo claro, inmediatamente, que había desatado, sin quererlo ni saberlo, un drama social, que manchaba a esta familia. Alzó la mirada hacia Nora y balbuceó:

—Si usted quiere señora, yo busco al cretino que dijo eso y lo pongo en su lugar.

Ella se rió nasalmente, desde la fatalidad, con apenas un soplo.

—No se preocupe, Ernesto. Es natural que esto pase aquí, en este pueblo, donde todos viven pendientes de la vida de los demás.

—Pero yo no quiero perjudicarlas...y esos rumores complican mi presencia aquí...

—De ningún modo.

—¿Cómo de ningún modo? ¡Estoy echando sombras sobre usted y sus hijas! ¡No puedo permitir que yo les cause este trastorno!

—Mire Ernesto, el daño ya está hecho, y yo no pensé que podría suceder, o tal vez que no sucedería tan pronto. Nuestra oferta de un cuarto en alquiler en la Delegación Municipal decía claramente que era “Para dama soltera sin hijos”, pero no aparecieron interesadas, y de repente a Pereyra se le ocurrió que esta era la casa adecuada para usted, que total no pasaría mucho tiempo hasta que se independice y se vaya a otro lado. Y le confieso que el alquiler que nos paga nos resulta muy útil. Además, nunca podríamos haber conseguido por esta zona un inquilino tan correcto y educado.

—¿Está segura? ¿No conviene que lo piense mejor? Yo estoy dispuesto a irme mañana mismo si me lo pide... no quisiera ser un compromiso moral para ustedes...

—Gracias. Muchas gracias. Valoro infinitamente su decencia. Pero ya nada se puede arreglar. Aunque usted salga por el pueblo con un altoparlante jurando y perjurando que eso es una infamia, nadie le va a creer. Más todavía: dirán que se escapó de acá porque éramos demasiadas para usted, o que usted es un cobarde, o algo así. La sospecha que han largado a correr es útil al pueblo, en este tiempo de cambios. Por fin, acá están pasando cosas novedosas...

Ernesto se levantó, caminó hacia Nora, y le tomó un brazo amistosamente, en medio de la confusión que lo invadía:

—Señora, por favor, le pido que lo piense...

Ella palmeó su mano en actitud de agradecimiento y resignación:

—Tranquilo, Ernesto. Tranquilo —y dejó su mano caliente sobre la de él, como sellando un secreto común, aunque cambió inmediatamente de tono: — Le confieso que, al principio, cuando me enteré de las habladurías a través de una prima, estuve furiosa unos días, y hasta pensé seriamente en pedirle que se vaya.

—¿Ve lo que le digo? ¡Me tengo que ir, señora, es lo mejor para ustedes!

Nora le apretó la mano con más fuerza, él le percibió un estremecimiento, y observó que sus ojos se llenaban de lágrimas. Hasta que, inesperadamente lo abrazó, de un modo ambiguo, que podía ser maternal.

—No, Ernesto, le pido por favor que no nos deje... usted es lo mejor que hemos tenido en mucho tiempo en esta casa...

Ella irradiaba algo sensual que Ernesto no podía, o se resistía a interpretar con malicia. Mantuvo los brazos caídos, hasta que Nora se desprendió suavemente, no sin antes deslizarle una caricia afectuosa por el rostro.

—Si me tiene paciencia Ernesto, quisiera contarle otras cosas, relacionadas con nuestra vida en este lugar. ¿No quiere que vayamos a la cocina, y le preparo un café mientras le cuento?

Él la siguió, tratando de procesar aquél abrazo y esa caricia, que lo habían excitado, en contra de sus intenciones. Se repetía a sí mismo el clisé jurídico de que cualquier cosa que dijera o hiciera en esa circunstancia tan delicada podría volverse en su contra, desatando una catástrofe en medio de su precaria condición de inquilino, para colmo ya señalado, puertas afuera, como el sátiro del pueblo. Recién pudo descomprimir un poco el martilleo mental que mezclaba sus principios, ideas y deseos y, en especial, la falta de tiempo para comprender sobre la marcha lo que ocurría, cuando ya sentados junto a la mesa de la cocina intercambiaban miradas huidizas, por encima de las tazas humeantes. Entonces, con un tono melancólico, casi monocorde, ella le contó, como en una confesión religiosa o judicial, buena parte de su vida: que se casó muy joven con un buen hombre, dedicado a la ganadería, sus primeros años de vida apacible y satisfecha, los progresos materiales, las hijas, la compra de este caserón tan hermoso, y la caída del marido en el vicio del juego, que lo puso al borde de la ruina, hasta hacerle perder casi todo, dejar una ristra de deudas impagas, y terminar colgándose en un galpón del campo, que ella tuvo que malvender. De ese final espantoso hacían ya cinco largos años. Él se limitó a escucharla sin aportar comentarios, aunque impactado por lo que escuchaba. Después la charla pareció declinar, las pausas se alargaron, y Ernesto sintió una calma plena tras esas confidencias de Nora, que, evidentemente, había necesitado transmitirle al hijo varón que no tuvo. Sintió alivio de comprender ese

contexto, conservando su apostura de tipo respetuoso y correcto. Cuando Nora no tuvo más nada por decir, se instaló entre ellos un silencio largo, incómodo, al que era preciso poner fin, con un retorno a la normalidad. Entonces, Ernesto se puso de pie, y con la mayor delicadeza de que fue capaz, intentó despedirse:

—Señora, estoy muy conmovido por todo lo que me ha contado. Le agradezco su confianza, y supongo que ahora querrá descansar, y que no debo molestarla por más tiempo.

Nora también se irguió, con una sonrisa en los labios y tristeza en los ojos. Lo contempló, pasándole revista por el rostro, y con la más profunda palidez que Ernesto hubiera visto en una mujer, soltó aquella frase, simple, cortante, que volvió a complicarlo todo:

—Por favor, no se vaya. Quiero pedirle algo.

—Lo que quiera —respondió, convencido de que Nora recalcaría el pedido de reserva sobre sus confidencias, pero no era eso. Ella avanzó, lo abrazó nuevamente, pero con un abrazo distinto; más bien era un acto de entrega, porque cuando le apoyó la cabeza en el pecho, quedó petrificado, atinando sólo, mecánicamente, a acariciarle el cabello.

—¿Qué quiere que haga? —balbuceó— sintiéndose algo ridículo, y consciente de que, en ese contexto, su pregunta resultaba estúpida. Ella se desprendió del abrazo, pero sin soltarle las manos, y continuó, con tono de súplica:

—No sé cómo decírselo, porque seguramente me tomará por una loca, por una descarada y yo tal vez le faltaré el respeto...

—No... no lo creo señora... pero no me puedo imaginar qué...

—Quiero algo que no puedo sentir desde hace cinco años, Ernesto. Quiero dormir con el cuerpo de un hombre al lado mío... no me quiero morir sin haber recibido otra vez una caricia, un abrazo... no pido nada más que eso...

—Señora... ¿Se da cuenta del compromiso en que me... en que nos... pone?

—Lo sé, lo sé. Seguro que me podré arrepentir de esto, pero tal vez no tenga otra oportunidad así en mi vida, una vida que se marchitará sin afecto —dijo echándose de nuevo en los brazos de Ernesto, ahora con desesperación, como para impedir que se

vaya. Él la desprendió de su cuerpo con delicadeza, le tomó la cara entre las manos y trató de poner en juego una madurez que no tenía:

—Imagine que sus hijas se den cuenta... imagine que yo no sea el acompañante con el que usted sueña... piense que puede llegar otro hombre a su vida, alguien que pueda ofrecerle un futuro común...

—Eso no es cierto —gimoteó— todos los que se me arrimaron en este pueblo fueron un par de tipos lastimosos, o avivados que querían aprovecharse nada más que de mi condición de mujer sola. Lo que pasa, en realidad, es que mi pedido le disgusta... porque soy vieja... y tiene razón —dijo dejando caer sus brazos.

—¡Por favor Nora! —enfaticó Ernesto, acariciándola como si quisiera convencerla con fricciones: —¡Usted es una mujer muy bella! Pero no quiero que crea que me aprovecho en un momento difícil... usted... que, dicho sea de paso, es creyente y se confiesa... ¿Podría contarle esto al cura?

Ella oprimió las manos de Ernesto contra sus propias mejillas, y desconsolada, cerrando los ojos le respondió, con una convicción profunda:

—Esto es cosa mía. Jamás lo confesaría a nadie. Que Dios se haga cargo de mis pecados, y mientras tanto, acá en la tierra, yo me hago cargo de mi cuerpo.

Ahora sí, Ernesto supo que no había alternativas, que todo estaba, literalmente, en sus manos. Hasta se dijo que ella tenía razón, y que no le pedía nada lascivo ni irracional. Pero también sintió, en ese momento, pánico de iniciar algo irreparable, y creyó que su deber era comportarse como un hombre digno, capaz de resistir a los impulsos, aunque estuvieran a punto de estallar.

—Perdóneme Nora... se lo digo con todo respeto y con el mayor afecto. No pienso ni pensaré mal de usted, jamás hablaré con nadie de esto, pero creo que si lo hacemos vamos a cometer un error. Déjeme con mis cosas y vaya a descansar.

Nora se cubrió la cara con vergüenza y llena de desesperación alcanzó a gritarle, mientras corría hacia su dormitorio, donde se encerró tras un portazo:

— ¡Quedate solo con tu juventud y tus papeles!

Ernesto regresó a su cuarto abrumado, y lejos de sentirse orgulloso de sí mismo, sintió que su actitud había tenido algo de petulancia, de desprecio hacia Nora, que acababa de jugarse la honra con brutal franqueza, y a la que ya nunca más podría pedirle nada. Ahora se daba cuenta de que su presencia en esa casa se tornaría imposible, no por lo que ella pedía, sino por habérselo negado, haciéndola sentir desvalorada, humillada como mujer. Había apoyado ya la mano en el picaporte, cuando comprendió que, mientras ella se había arriesgado a todo, él acababa de negarse hasta a sus propios impulsos, porque, en verdad, Nora le parecía una mujer sensual y deseable. Entonces volvió sobre sus pasos hacia el dormitorio de ella, y abrió la puerta: allí estaba, sollozando aún en la penumbra, ahogándose en la almohada, tirada sobre lo que había sido una cama matrimonial. Ernesto se sentó a su lado y le acarició la cabeza sin decir palabra. Después se quitó la ropa, lentamente, sin ser observado, y se metió dentro de la cama. Cuando Nora, con los ojos llenos de lágrimas advirtió lo que sucedía, estiró un brazo y lo acarició.

—Gracias Ernesto. Gracias por ser tan hombre, por acompañarme esta noche y darme un poco de felicidad.